

Y no se atrevió á proseguir Tigelino.

— ¿Cuál cosa teme?

— No me atrevo á decirla.

— Dila.

— No puedo.

— Dila.

— Nerón, mándame cualquier cosa menos que llegue á repetirte yo lo dicho á ese respecto por Popea.

— Dilo, y no me impacientes.

— Lo diré.

— Sea en buen hora: dilo.

— Que.... Perdona, no puedo.

— ¿Que mi madre quiere ser también mi esposa?

— Tú lo dijiste.

— Ahuyentemos del pensamiento esa idea y no volvamos á recordarla. Pero tendréla en cuenta para decretar el castigo que merece. Desde los comienzos de mis tentativas para el anudamiento de relaciones con Popea, hele hecho sentir á mi madre todo el peso de la cólera que despertaba en mi ánimo su oposición cruel á mis nuevos amores y su traidor protectorado á Octavia y á Británico. La he alejado del Palatino y del Palacio. Hela recluído en la casa célebre de Antonia, donde vive sin corte y sin cohorte. Cuando está en la campiña, le pongo el número de obstáculos posible para que á Roma no vuelva; y cuando vuelve, la espoleo para que se vaya. En el teatro se le dirigen sangrientos versos que yo inspiro. Los aficionados á litigar le ponen pleitos por un quítame allá esas pajas. La desacatan los hijos innumerables de sus víctimas. Escriben libelos contra su persona y los dejo. La insultan en el paseo y le cantan injuriosas canciones á la puerta de su palacio y en los setos de sus jardines; á nadie se ha castigado. De esto á la muerte no hay más que un paso, y lo daré, pero después que se haya Othón ido y que haya pasado yo tres días consecutivos con tres noches en casa de Popea.

— Los pasarás; yo te lo afirmo.

— Pues que llamen á Locusta.

El viborezno abrió las fauces y afilaba el áspid para picar á su madre, la víbora.



CAPITULO XIII

EN BAYAS

Nerón había visto huir á Lusitania, so capa de gobernador, al audaz propietario de Popea, y había pasado en compañía de ésta las horas nocturnas y diurnas que le dió la gana, bajo el propio techo de tan hermosa mujer. Así quedaba sereno su ánimo, y puesta por obra la realización de un deseo, á cuyos aguijonazos se había movido en larga temporada y desvelándose muchas noches continuas y seguidas. Pero nunca obtuviera semejante logro sin un pacto anterior con Popea, en el cual pacto, cumplidas las obligaciones de ésta, quedaban por cumplir las obligaciones suyas. Reducíanse á tres: primera, deshacerse de Agripina; segunda, desasirse de Octavia; última, casarse con Popea. Entre tales obligaciones había unas más cumplideras y otras menos cumplideras. El cumplimiento de la última dependía del cumplimiento de la segunda; pero imponíase por mil razones el retardo de ambas, al fin de arremeter con la primera y mayor, con la muerte y sacrificio de Agripina, intento de suma dificultad, aun dado el poder de Nerón, por la mucha fuerza que tenía en sí Agripina y la mucha influencia de que gozaba en el Estado y en el palacio. Mas las últimas insolencias lanzadas á los cortesanos, la pasión de Popea metida en africanos odios, el golpe de injurias asestado á Séneca, la ruptura con los pretorianos, la terrible idea del incesto, por tales modos habían perdido á la infeliz Agripina en concepto de su cachorro, que la senten-

ció á muerte con inapelable sentencia, concentrando todo su pensamiento y toda su voluntad en el aquistamiento de los medios indispensables á cumplirla. Necesitaba mayores precauciones para llevar á término este plan horroroso contra su madre que para llevar á término el horroroso antiguo plan contra su hermano. Precisaba matarla sin advertirle por impaciencia ninguna la triste amenaza que sobre su frente se cernía y aleteaba. En tal concepto había decidido redoblar con las tentativas arteras de premeditado parricidio las caricias mentidas de amor filial. Así, en cuanto salió del palacio Popea, se dirigió al palacio Antonia. Y en cuanto al palacio Antonia llegó, echóse con verdadero alborozo en brazos de su madre y la besó con transportes filiales. Agripina, un tanto engañada por aquella explosión de cariño, aprovechóla para conseguir algo de Nerón, y le pidió su reingreso en el Palatino y en el palacio. Nerón le aseguró que ninguna súplica podía dirigirle tan aceptable para él, ni tan próxima de aceptación. Mas, para que no volviesen á disidencias dañosas y á separaciones continuas, había de preparar la hechura del reingreso y compaginarla con lo anteriormente sucedido. Pero, aplazando esta coronación de la obra por un plazo brevísimo, creyó de su deber avenirse á cuanto quisiera y satisfacer todas las súplicas que le manifestara. El disimulo llegó á tales extremos en el taimado que, á pesar de conocerlo cual su madre lo conocía, creyóle de nuevo sumiso, y empezó á pensar en la satisfacción de sus venganzas así que obtuviera el reintegro en su influjo. No cayera la cuitadísima en tal inocentada, de saber á quién llamara Nerón, cuando sonaron las altas horas de la noche subsiguiente á esta cordial visita. Pues llamó á Locusta y le propuso el requerimiento de un veneno cualquiera, que diese, no tanto la muerte misma en sí, como una enfermedad mortal, tras la que sobreviniera la muerte, pero sin dejar indicio alguno del siniestro agente que la produjera. Locusta, muy solicitada por Agripina también y de ésta muy devota, expuso la imposibilidad en que se hallaba de componer mixtura semejante con los maleficios pedidos por Nerón, y aun llegó á decir que había procurado á la emperatriz tal número de antídotos y tal especie, que contra ellos se frustrarían los conatos dirigidos á concluir con tan formidable persona por medio del veneno. Era, pues, necesario matarla de otra manera, por una serie de medios ó

procedimientos en cuyas incidencias pereziese la infeliz emperatriz, dejando una convicción; la de haber perecido por la soberana voluntad de los dioses, y no por la voluntad inferior de los hombres, y menos de aquel cínico, puesto por el destino tan arriba, y que le debía, no solamente su propio ser á la víctima, sino la fortuna que le acompañaba por todas partes y la diadema que ceñían sus sienes. Mala de toda maldad Agripina; pero, por mala que una mujer sea, peor mil veces y más condenable y más condenado y más aborrecido el triste parricida, contra quien se sublevar desde los corazones humanos hasta las potestades y las furias del abismo. Así Nerón había por fin resuelto y determinado sus acciones para lo sucesivo so el pensamiento y el propósito de matar á su madre; pero matándola por modo que no trascendiese al público el criminal proyecto, mientras lo apercibía, ni su perpetrador se conociese después de cumplido. Así echóse á discurrir mil medios, cada cual de ellos más disparatado, los cuales iba desechando uno tras otro á causa de aparecérsese su ejecución imposible. Pero no se desasía ni un minuto de su pensamiento capital. Veíansele centellear, como una fulguración y un relampagueo siniestro, los ojos; dibujársele una especie de repliegue amargo en los labios; prestar á la respiración ese resuello que sale de un pecho fatigoso y ahogado; absorberse hasta desavenirse de sí mismo, entregándose á una meditación, en cuyos hondos senos desaparecía y se abismaba su propio ser entero, bien alejado de aquellas calaveradas que fueran como capital ocupación de su vida. La sentencia fulminada contra su madre se le aparecía más necesaria cada minuto y más insuperables los obstáculos que oponían á ella las resistencias de una realidad espantosa.

Sin embargo, no dejaba de ir al teatro. Como el marino ha menester del estruendo de las olas; como el montañés ha menester del fragor de los montes; como el guerrero ha menester de las batallas y sus terribles incidencias, el cuitado artista necesitaba las sinfonías armoniosas, las escenas animadas, el teatral aparato, el olímpico juego, las batallas de gladiadores, las carreras del circo, los clamoreos de las muchedumbres sobreexcitadas, el aplauso parecido á una tempestad, el cruce de las miradas en el espacio, la embriaguez del sentido, los excesos de conmoción y emoción

que procuran y granjean todas las artes á un ánimo exaltado y susceptible, capaz de confundir la realidad con la fábula en sus alucinaciones, generadas por el sacudimiento y la vibración de sus nervios. Así es que, no dejando por nada ni por nadie su asistencia constante á los espectáculos y al teatro, aunque penetrara durante todo este continuo embargo de sus facultades por una superstición superior, como una especie de nefasta sombra, pues hasta el mirar tenía extinguido, así como paralizados é inmóviles todos sus músculos, en cuanto se asentaba sobre alguna sede ó se ponía de pie algún rato. Una estival tarde romana ofrecía el César á sus súbditos fiesta náutica, en que nadaban, dentro de inmenso anfiteatro construido con madera, monstruos marinos de todas clases, luciendo sus escamados lomos y coleteando con agilidad grande, y discurrían enormes naves aparejadas por muy señalados artificios á mudar de forma en un segundo, y tras tal mudanza reintegrarse de nuevo en su pristina figura. Con efecto, uno de aquellos barcos se abrió en dos á su vista; soltó en todas direcciones alimañas feroces que le divirtieron mucho con sus combates; y luego volvió á su anterior estado por manera tan maravillosa y bien dispuesta, que parecía obedecer al impulso de un motor invisible, metido en una máquina, también oculta. Pues he ahí lo que necesitaba Nerón: una industria, de tal modo ideada, que facilitase la grande hazaña del sacrificio é inmolación de su madre, sin que nadie llegase á saberlo, porque se hubiera el mar tragado la víctima y el secreto terrible de quién fuera su espantoso inmolador.

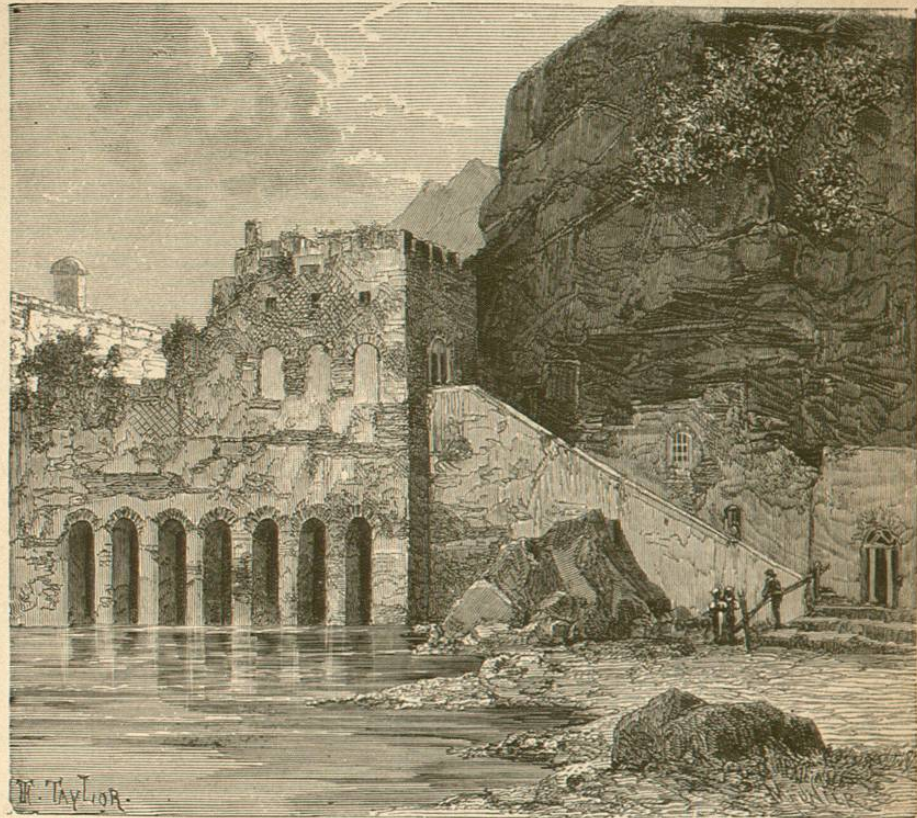
Necesitaba manipuladores de primer orden para esta obra, los cuales supiesen á un tiempo construirla con destino á su particular ministerio y ocultar este ministerio espantoso en aquellas sus hondas entrañas. A este fin escogió uno de sus viejos pedagogos, Aniceto, perteneciente á la familia de su tía Domicia, quien odiaba con una intensidad increíble de odio á la feroz Agripina y deseaba mucho hacerle sentir todo el peso de esta intensísima y añeja pasión. Había siempre buques del Estado en los puertos más próximos á Roma, como la vieja Ostia, y la bellísima Puzzoli, y el recodo tranquilo que al anclaje ofrecía el cabo Miseno y sus tranquilas aguas. Aniceto comandaba estos últimos buques, y en tal mando no podía, por su devoción al emperador, hacer otra cosa que lo

deseado y dispuesto en sus órdenes públicas ó secretas por el emperador mismo, tenido entre todos los suyos por un dios. Aquello que apenas podía decir á su conciencia, se lo dijo sin escrúpulo y sin reserva de ningún género al fiel Aniceto: la construcción de un barco semejante al presentado en la naumaquia, el cual barco por un resorte se abriese y cerrase, lanzando al mar su cargamento y convirtiéndose luego en un cajón cerradísimo, de suerte que nadie sospechara cómo se podía por mágico arte alguna vez abrir. No tenía más oficio Aniceto que obedecer, y obedeció. Era un asombro la embarcación. Estaba hecha de maderas preciosas; esculpida por cinceles helenos; maqueada de multicolores trozos varios como un mosaico antiguo; cubierta de alfombras y tejidos orientales; ornada con los lares domésticos, ante cuyas efigies brillaban las cazoletas litúrgicas hechas de oro; el palo mayor de un aromático árbol indio cortado, que á cien leguas trascendía; las velas de linos semejantes á velos; de marfiles cuajados con pedrería todos los enseres para el servicio: especie de flotante palacio destinado al culto de quien merecía, como señora y madre del emperador, aquella ofrenda, que semejaba celda ó camarín, aparejado para una diosa en ejercicio por un rendido devoto. Nerón tendía su red; fabricaba su telaraña sutil; abría su trampa; enredaba su señuelo con la paciencia de los pescadores á caña, y de los cazadores á lazo, y de los zorros, y de las hienas, y de todos los oficios, y de todas las especies que atisban, husmean, persiguen, sitian, asaltan, apresan y luego destrozan una víctima largo tiempo requerida por todos sus instintos. Parece imposible que se compadeciesen, como se compadecían en él, neurosis y serenidad, desarreglo nervioso y calma completa, las llamas de sus volcanes internos con la frialdad marmórea de su gesto, la pasión exaltada y el cálculo matemático, las garrulidades excesivas del orador y los repliegues del silencio, los arrebatos del demente y la simulación del diplomático, los ímpetus y la espera, en tales combinaciones, que llegó el malvado hasta persuadir á su propia madre, arrastrada por sus halagos y por sus disimulos hasta el abismo, donde al cabo encontraría sin remisión la muerte y la deshonra eternas.

Aparejada ya la nave con todos sus artificios, Nerón se trasladó al vecino pueblo de Bayas, y desde allí escribió á su madre invi-

tándola con cariño á las próximas fiestas de Minerva y prometiéndole un reinado sin fin sobre su pecho sin odios. Humillábase hasta pedirle perdón por los recientes agravios, y le prometía con sinceridad muy bien apañada y fingida las antiguas dominaciones en el palacio y en el pueblo. Como todo aquello estaba tan bien escrito, y de su cumplimiento no existía otra fianza más que la palabra del emperador, creyóla bien mal de su grado Agripina, respondiendo con su aceptación en términos tan cordiales como los términos del convite. Asintió, pues, á lo que Nerón expresaba, cuando decía que, fueran cuales fueran sus mutuos disentimientos, quedaba el indisoluble lazo formado por los amores maternos y la piedad filial entre ambos, tan duraderos como sus respectivas almas y tan inextinguibles en ellos como el calor mismo de la sangre. Tantas muestras de cariño, en contraste tan patente con los recentísimos despegos y aun odios, convencieron á la emperatriz del cambio de su hijo; y ayudado por las halagadoras promesas, el propio amor suyo creyó con facilidad aquello que le convenía creer para continuar en su añeja prosperísima fortuna. Moviada de tal convicción, fué al cercano puerto de Ostia; y desde Ostia zarpó en dirección á Nápoles. ¡Cuán hermosas en aquellos momentos las aguas marinas! Un cielo claro transmitía por todas partes los rayos de un sol heleno, que jaspeaban la superficie celeste del mar, copioso en pintadas conchillas que dejaban grecas como de perlas, y en caracoles que semejaban grandes corales por las orillas, así como poblado de peces que ahora aleteaban bajo las algas violáceas en plateados escuadrones, ahora sacaban el cuerpo como los delfines trazando arcos del color de las amatistas y abriendo surcos, sobre cuyas verdes arrugas se tendían blancos encajes de ligeras y hervidoras espumas. ¡Con qué alegría, tras su larga reclusión en el palacio Antonia, contemplaba la infeliz Agripina, de pie sobre su barco encantadísimo, aquel exceso de la vida que presentaba todos sus halagos y todas sus hechicerías, como para ocultarle que tras sus espaldas le hacía muecas la muerte, resuelta en aquel momento á clavarle sus uñas. Oreada por la brisa; en torrentes de celestial éter y vapores de sales inmersa; suspendida entre aquellos espacios azules, de los cuales uno arriba semejaba inmóvil rotonda de lapislázuli, mientras abajo el otro se movía en rizos y en palpitaciones ó exhalaba rumores y soplos y mur-

mullos, aparecía como la Galatea de los antiguos idilios sicilianos, sobre su carro de madreperlas con ruedas de nácares, tirado por delfines relucientes y saltadores; rodeada de nereidas parecidas á esfinges y de tritones semejantes á los caballos de Neptuno; escuchando los ecos de amor que lleva en sí cada pliegue de brisa y



Baños de Nerón en Bayas

los conciertos de suave música formados por el dúo entre los vientos y las olas; atezada del mar que le bronceaba, prestándole á la sangre y á las fibras un calor tan placentero que acrecienta la vida. Acompañábanla, como siempre, unos libertos atenienses, quienes recitaron á la vista de tal cuadro y á la cadencia de aquel poema los versos inmortales en que Teócrito describe á Galatea, dulce como un recental de Sicilia, blanca como la leche de los odres etruscos, ligera como la ciervecilla del bosque; huyendo á los requiebros de los cíclopes, cual huyen los ganados al husmeo de los

lobos; dada desde la niñez á coger los jacintos en las praderas para deshojarlos luego sobre las aguas; más grata, si plácida, que un buen sol de invierno y una buena sombra de verano, y más agria, si desapacible, que los racimos de agraces á los dientes. Aquellos idilios, predecesores de la gran tragedia, por tal suerte halagaban el oído de Agripina, recitados al flauteo de los caramillos y al susurro de las brisas, que parecía como de todos sus odios olvidada, y solamente divertida en aquel puro goce de holgarse con cuanto la circuía, proclamando el más dulce y bello entré todos los placeres, el placer de vivir.

Por fin llegó al cabo Miseno, donde la esperaba Nerón. Al verse hijo y madre, se lanzaron uno en brazos del otro con transportes de verdadero amor. Parecía que no se cansaban de besarse, como cuando Agripina era madre feliz y el cachorro, tierno niño, jugaba en sus rodillas. Cumplido el encuentro, en que Nerón se había portado como verdadero actor, sin traicionar ninguno de sus afectos internos y de sus planes parricidas, encamináronse á la quinta de Baules, propiedad de la emperatriz, la cual quinta estaba lejos de aquella en que vivía el emperador; despidiéronse con idénticos afectos á los mostrados en el encuentro; y Nerón aseguró á su madre que muy pronto habrían de reunirse y espaciarse, arrojando al mar todo recuerdo ingrato y apercibiéndose á mejor y más tranquilo porvenir. Nada tan hermoso en el mundo como esta comarca y nada tan maculado por el crimen. Allí construyó Calígula el puente de barcos, empleando toda la marina romana, merced al cual empleo faltaron las expediciones frumentarias habituales para la sustención del pueblo rey, quien se halló muy en peligro de morir por hambre. Allí Calígula se prendó de la luna, pidiéndole que descendiera del cielo á su cama, cual del cielo al mar descendía, y le acompañara, como una esposa fiel, en su diario sueño. Allí los cortesanos de Tiberio que, creyéndole una noche de orgía muerto, se habían prosternado ante su heredero y sucesor, al verle reanimarse redivivo, cual un cadáver puesto de pie por súbita resurrección, le volcaron en el suelo á puñetazos como si fuera un toro bravo, y lo concluyeron y lo remataron ferozmente sin piedad. Amén de todos estos recuerdos tristísimos, asemejábase á una mancebía, pues toda la gente romana perdida hizo de la región aquella os-

tentoso teatro de sus vicios; y entre tantas bellezas del universo, como que resaltaban más las fealdades y horrores del alma perversa y enferma, pero pocos espacios en el mundo tan bellos por su tierra y tan deslumbradores por su cielo. Desde cabo Minerva y

Sorrento á Herculano y Pompeya, desde Pompeya y Herculano á Nápoles ó Parthenope, desde Parthenope á Pausilipo, desde Pausilipo á Puzzoli, desde Puzzoli á Bayas, desde Bayas al Miseno, dilátanse tales paraísos junto á contrastes y bruscos cambios en tal manera y número, que á los paraísos se suman los avernos, cual si quisieran reunirse en aquel breve compendio todas las oposiciones del ser y de la vida. Una isla muy armoniosa, cincelada como una vieja estatua griega y circuida por una



Gruta llamada de Nerón y de Agripina cerca de Bayas

greca de corales y algas, que las olas besan y la luz esmalta, frente á una erupción del Vesubio, lanzando rojas humaredas y piedras como aerolitos, cual una tempestad improvisada en cielo serenísimo; un prado de violetas y lirios como grandes incensarios de aire puro junto á las solfataras hirvientes despidiendo gases maléficos que difunden la muerte; al lado de una orla compuesta por jazmines, otra compuesta por azufres, y tras un bosquecillo de mirtos que huelen